

tado a última hora; la paliza propinada en Graiña por el guapo de la vecina aldea; la cortés y disimulada disculpa del editor para no insertar la novela en los «Anales»; y hasta la feliz noticia que jubilosamente y con regocijado misterio le anunciaba Barzolo, dábamos por seguro que sería el embarazo ¡al fin! de Graciña.

A Gonzalo Mendes Ramires lo considerábamos ya Quijote molido a manos de todos los yangüeses de la vida. En verdad era magistralmente sombría esta presunción.

No obstante, nada de esto ocurre. Gonzalo, triunfa en su candidatura; Graciña, sale indemne de sus relaciones con Cavalleiro; la novela del señor de la Torre, consigue los más favorables elogios de la crítica; y hasta sobre el jaque de Graiña, cuya osadía tanto nos había mortificado, obtiene el hidalgo ruidoso triunfo digno del abuelo Trutesindo. Es decir, que tras verle vacilar a lo largo de la novela, Gonzalo Mendes, al soplo de vientos benévolos, es empujado hacia la victoria. Y lograda ésta, no se emborracha ni envanece, sino rompiendo con lo presumible, desdeña los honores que tan soliviantado le traían, y se lanza, con templado ánimo, a las peligrosas aventuras de la colonización africana, como un Mendes de antaño, navegante y aventurero. Lograda una gran fortuna, vuelve al solar de sus mayores hecho un enorme Gonzalo triunfador; Eça, hasta nos deja entrever un feliz enlace con rica y noble heredera. La gran novela se ha desvanecido en un final azucarado de novela rosa.

PATRIOTISMO PORTUGUES

No sé si lo hubiéramos descubierto de no decirlo concretamente Eça. «La Ilustre Casa de Ramires» es Portugal, con sus vicios, con sus virtudes, con sus debilidades, con sus audacias, con sus grandezas, con sus miserias. El protagonista de la novela es la misma patria del autor. Y como la figura de Gonzalo Mendes Ramires nos resulta simpática, aún en sus peores momentos, no hay duda del amor que por su pueblo rebosa del corazón del autor. Tal vez sea esta la razón que ha movido a Eça de Queiroz a huir de la solución sarcástica y amarga que presentimos; hacerlo así hubiera sido menospreciar a su país, al que hacía protagonista extraordinario de su novela. Ante este dulce y amable Portugal su preclaro hijo no ha podido comportarse de otra manera que como hijo amantísimo, aunque la ironía genial haya tenido que acabar en sonrisa casera.

Por esta vez Eça ha querido prescindir de su burlona postura escéptica y ha cantado con entusiasmo patriótico; el dardo peligroso de su ironía ha sido despuntado. Portugal tiene vivo y punzante el sentimiento nacional; y todos sus hijos lo llevan tan dentro, tan amoroso y entrañable, que hasta su ingenio máximo en el arte y en la amargura, llegada la ocasión, como cualquier buen portugués de provincia, grita y gesticula recordando las glorias pretéritas de navegantes y descubridores, los grandes tiempos manuelinos.

BALDOMERO DIAZ DE ENTRESOTOS Y FRAILE

Al Isabel la Católica⁽¹⁾

Si alcanzaran los ojos
A traspasar la inmensa pesadumbre
De los luceros rojos,
En la celeste cumbre
Te hallaran con la Santa muchedumbre.

En resplandor el oro
Trocarse de la espléndida corola
Que puso espanto al moro.
A los cielos tú sola
Prestas más luz que el sol, con tu aureola.

¡Oh tierra gobernada
Por tu cetro sagrado y victorioso,
Cual se miró encumbrada!
¡Oh pueblo venturoso!
¡Oh trono de la Iberia glorioso!

Por ti aquel noble empeño
Con fama coronó el pueblo cristiano.
Por ti, de la mar dueño,

(1) En el V centenario del nacimiento de Isabel la Católica, ALCÁNTARA se honra publicando esta composición que dedicara a la Gran Reina la ilustre poetisa extremeña, Carolina Coronado, composición cuyo original, autógrafo y firmado, lo conserva en su archivo don Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de San Miguel.

El genio soberano

Un nuevo mundo halló en el Océano.

Mas eran a tu alma

Dos mundos en la tierra espacio estrecho

Y unas terceras palmas

A conquistar derecho

Tu espíritu se alzaba a mayor trecho.

Reina a la par y Santa

De majestad en majestad te alzaste

Y hasta do se levanta

El mismo sol llegaste

Y sobre los luceros te asentaste.

¡Oh sacra! ¡Oh gran matrona

De la cristiana grey! ¡Oh Reina mía!

Sé tú de la corona

Que sustentaste un día,

Inexpugnable amparo y guarda pía.

Bendice tú y alienta

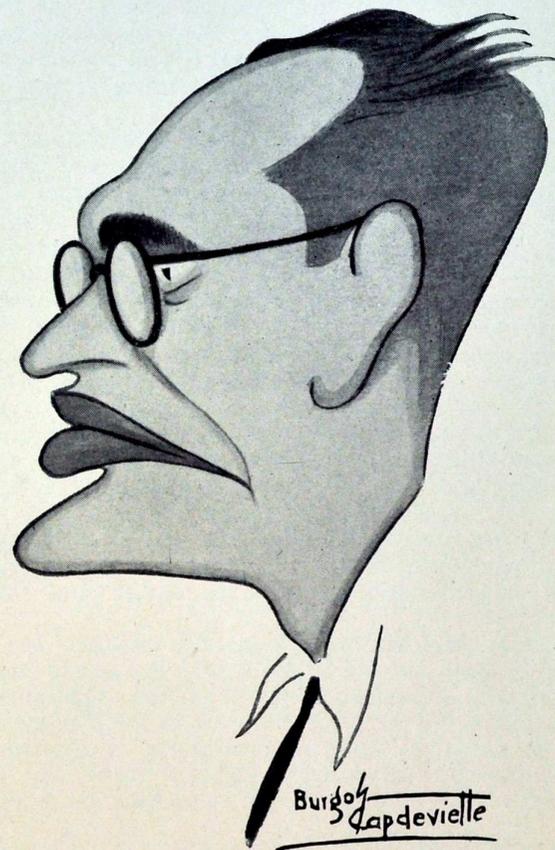
La adorada infantil cabeza pura

Que hoy tu diadema ostenta

Bajo de la ternura

De tu divino amor, crezca segura.

† CAROLINA CORONADO



GALERÍA DE COLABORADORES DE «ALCÁNTARA»

D. Carlos Callejo